



AQUI SE CONTIENE

UN DULCE TRATADO,

de como una mujer natural de Valladolid, siendo cautiva cuando lo de Bugia, negó la ley de Nuestro Señor, y se casó con un rico moro, do estuvo veinte y tres años en la secta de Mahoma, y fué Dios servido que al cabo de este tiempo cautivaron un clérigo hermano suyo, el cual sirvió á su hermana tres años de su esclavo sin conocerle, y como fué Dios servido que al cabo de tres años se conocieron por ciertas preguntas, y el arrepentimiento de la renegada, y las sentidas lamentaciones que hizo, y como tuvieron lugar de venir á Roma y reconciliarse con el santo Padre.

Desde poniente á levante
paso de septentrion,
con alta voz retumbante
es cosa justa se cante
un caso de admiracion.
Es caso dulce y gracioso,
muy mas dulce que la miel,
aunque al principio espantoso,

terrible en sí, y temeroso
para el qué es cristiano fiel.

Y para poder decir
este caso sin temor,
sin discrepar ni mentir,
será menester pedir
ausilio á nuestro Señor.
Al cuál suplico humildemente,

co-

como á Padre celestial
amantísimo y clemente,
guie mi sentido y mente
en esta obra principal.

COMIENZA LA OBRA.

En Valladolid vivia
una dama muy hermosa,
dotada en sabiduría,
y su padre le traia
cual su estado populosa.
Esta tal tenia un hermano
en gramática sapiente,
en servir á Dios cristiano,
aunque jóven muy humano,
sabio, cortés y prudente.

En Salamanca aprendió
el mancebo teología,
y en Valladolid llegó
un capitan que eligió
nuestro Rey para Bugia.
El capitan hospedado
en frente de la doncella,
viendo su rostro aliñado,
así como la ha mirado,
se encendió en amores della.

El capitan le enviaba
muchos billetes y cosas,
que nadie lo barruntaba,
y tambien le presentaba
ropas y joyas costosas.
La doncella le rogó,
que tal empresa dejase,

y las joyas le envió,
y mucho le suplicó
que sus puertas no rondase.

Y mirase era honrada
de linajes y parientes,
y seria mal tratada
de su padre, y castigada
y afrentada de las gentes.
El capitan encendido
en la hermosura della,
de sus amores herido
promete ser su marido,
y de casarse con ella.

La doncella concedió,
que con ella se casase:
una noche la sacó,
y á Peñafiel la llevó,
sin que nadie lo pensase.
A Bugia fué llevada
gozando de su hermosura,
mas su placer fué no nada,
que presto fué derribada
de su próspera ventura.

Y es que los moros cercaron
á Bugia con presteza,
y en la fuerza que entraron,
entre los presos hallaron
esta dama de lindeza.
Como un bajá la mirase
hermosa, moza y dispuesta,
y por parte la llevase,
y á ella se aficionase
por ser afable y honesta.

Meti6la luego en la mar,
y 6 su tierra la llev6,
que era la ciudad de Irmar,
y antes de desembarcar
de amores la requiri6.
No pudi6ndola vencer
por mas que la importunaba,
dijole : has de saber,
que no me has de ofender,
aunque yo sea tu esclava.

Basta mi terrible pena
y largu6sima prision,
la cual por mi hado ordena,
estar sujeta en cadena
y ausente de mi nacion.
El moro la regalaba
d6ndole buenas comidas,
6 su mesa la asentaba,
de amores la requebraba
con palabras muy sentidas.

Dijole un dia , que negase
6 Cristo y volviese mora,
y que 6 Mahoma adorase,
y si con 6l se casase,
de sierva seria se6ora.
Codiciosa de riqueza,
reneg6 de aquel tesoro,
de la alta y suprema Alteza
sin temor y sin pereza,
y se cas6 con el moro.

Veinte y tres a6os estuvo
metida en la mala secta,
del moro dos hijos tuvo,

su falsa secta sostuvo
como infernal mahometa.
Estaba tan apartada
de Cristo y de sus tesoros,
como si fuera engendada,
nacida y adoctrinada
continuo en tierra de moros.

Como el Juez soberano
se puso en la cruz por todos,
por dar remedio al cristiano,
al sacerdote su hermano
le envi6 por santos modos.
Y es que el cl6rigo venia
de Roma de negociar,
con otros en compa6ia
en alta mar se metia,
y empez6 de navegar.

Diez galeotas salieron
de moros por buena cuenta,
muy gran cerco les pusieron,
el navio les rindieron,
y cautivaron noventa.
El cl6rigo fu6 llevado
6 la feria de Modon,
de ropa desbalijado,
y fu6 puesto en el mercado
donde se vendi6 6 pregonar.

El marido de su hermana,
que era cu6nado , el moro,
le compr6 aquella ma6ana,
y pag6 de buena gana
por 6l cien zequies de oro.
El moro no conoci6

el esclavo que compraba,
una cadena le echó,
y á su mujer le llevó
sin saber lo que llevaba.

Habiendo Dios juntado
los dos que bien se querian,
hermano y hermana amada,
hartas veces se han mirado,
pero no se conocian.
Ni ella conoció á él,
ni él á su hermana mayor,
dábale vida cruel,
como renegada infiel,
que negó á su Criador.

Tres años y ciertos dias
sirvió el clérigo á su hermana,
sufriendo mil perrarías,
hasta que el sacro Mesías
le abrió la senda llana.
Y es que el clérigo con celo,
invocaba cada dia
á la alta Reina del cielo,
y rezaba por consuelo
su rosario de alegría.

Todas las noches estaba
tres horas justas cabales,
y los maitines rezaba,
y con devocion pasaba
los salmos penitenciales.
La hermana le acechando
de noche por ver que hacia,
vido que estaba rezando
y con devocion llamando

la sacra vírgen Maria.

En el año de setenta
y nueve, y con recreo
vispera de san Mateo,
de España le pidió cuenta
con entrañable deseo.
Díjole: di, ¿de dónde eres?
Responde, no estás turbado,
¿tienes en tu tierra haberes?
que si los tienes y quieres,
bien puedes ser libertado.

¿Eres casado, mezquino?
¿Tienes hijos ó mujer?
Respondió: con Dios divino
soy desposado (aunque indigno)
y en él pongo mi querer.
Y la gloriosa Maria
es mi linda enamorada:
la renegada decia:
déjate desafortunado,
que tu ley no vale nada.

El buen clérigo calló,
como se vió en tierra estraña,
y otra vez le preguntó,
que oficio deprendió
y de donde era de España.
Respondió muy liberal
(aunque la vido remisa)
es mi oficio celestial,
sobre todos en general,
soy sacerdote de misa.

¿En qué villa ó en qué ciudad

ó en qué tierra te has criado?
no niegues la verdad.
Respondió con humildad,
harto aflito y congojado,
Déjame triste de mí,
con mi pena y mi pasión,
que no sé donde nací,
basta que me veo aquí
sujeto á vuestra prision,

Do no puedo celebrar
el cuerpo de mi Señor.
Déjate de tanto hablar,
di, no me quieras negar
de donde eres por mi amor.
Que yo en España me ví,
aunque me ves ahora,
diez años por cierto fuí
cautiva en Valladolid
de una muy rica señora.

Y como el clérigo oyó
su buena tierra nombrar,
las sus mejillas regó,
con lágrimas que virtió,
y empezó de suspirar,
diciendo: has redoblado
mi dolor grave y crecido,
que la tierra que has nombrado
es do soy beneficiado,
tambien criado y nacido.

Procurando aconsolalle,
y aplacar su llanto y lid,
con amor fué á preguntalle
que le dijese en que calle

vivia en Valladolid.
Respondió con gran dolor,
harto aflito y con zozobra,
vivé mi padre y mi señor,
junto á la iglesia mayor,
en la calle de la Obra.

¿ Conoces á los Rosales,
gente rica y principal?
Dijo, ya me dobles mis males:
esos son tios carnales,
y no saben de mi mal.
La renegada que vió
las buenas señas que daba,
á su hermano conoció,
aunque lo disimuló,
el corazon le lloraba.

No hay contento que le cuadre
mas que ver su buen hermano,
y dijo: dime, tu padre
cómo se llama, y tu madre
y tu nombre de cristiano?
Llámase Juan de Azazedo
mi buen padre y mi señor,
y mi madre Leonor,
y mi abuelo Gil Zalzedo,
y yo me llamo Melchor.

Una hermana has de tener
harto galan y hermosa,
la cual fuí yo á conocer;
cristiano hazme saber,
si es casada ó religiosa.
El clérigo respondió
diciendo fuese perdida

al padre y madre negó,
no saben quien la llevó,
ni á que provincia se es ida.

Como la hermana notaba
su perdicion y maldad,
al punto se desmayaba,
y el hermano bien pensaba
fuese alguna enfermedad.
El moro no estaba allí
que con sus hijos fué á caza,
que Dios lo permitió así,
y con su hermano abraza,
y llorando dijo así:

Abraza la desdichada
de Agueda, con razón
la perdida y desastrada,
que yo soy tu hermana amada
que á Dios hizo gran traicion.
El hermano se espantaba,
porque no la conocia,
y la hermana lo abrazaba,
con lágrimas le bañaba,
y suspirando decia:

Mi Dios no me dés discordia,
acógeme en tu rebaño,
pon en mi alma concordia,
mas es tu misericordia,
que mi pestifero daño.
Veinte y tres años cabales
ha mi Dios que te negué,
y los bienes celestiales
dejé por los temporales
dó mi alma encenegué.

De aquesta pena infernal
quítame, Señor el clavo,
gracias te doy sin igual,
pues á mi hermano carnal
me enviaste por esclavo;
y fué para que entendiese
que mi alma iba pérdida,
y mis pecados gimiese,
y á ti, mi Dios, volviese
á gustar tu pan de vida.

El clérigo como vió
que era su hermana carnal,
á Dios muchas gracias dió
y de rodillas se hincó,
diciendo: Rey eternal,
pues tomaste carne humana
por todos los pecadores,
Señor perdona á mi hermana,
que desea verse sana
por tornar á tus amores.

Dos mozas que en casa habia
eran idas á la mar,
los hijos en compañía
con el padre aquel dia
eran idos á cazar.
Cuando mas la aconsolaba
el hermano, mas gemia,
sollozaba, y suspiraba,
los ojos al cielo alzaba,
y de esta suerte decia:

Triste de mí ¿donde iré
á publicar mis pecados?
¿A quien me descubriré?

Buen

Buen Jesus perdonadme
mis graves yerros pasados.
No me apartes de tu audiencia,
gran Señor de los señores,
tén de mi alma clemencia,
porque haga penitencia,
de mis pecados y errores.

Mi ánima pecadora
pongo, Señor, en tus manos,
y la Virgen mi Señora,
sea mi guarda y guiadora,
hasta en tierra de cristianos.
O sacra vírgen Maria,
cuando cobraré el salario
que antes ganar solia,
pues rezaba cada día
vuestra corona y rosario.

El día que le rezaba
ganaba cien mil tesoros,
mi alma se aconsolaba,
y ahora la tengo esclava,
cautiva en tierra de moros.
Puestos en esta afliccion
aquestos hermanos dos
rogaban de corazon,
que de tan dura prision
presto los librase Dios.

Quiso Dios que fué elegido
muy léjos de aquella tierra
por capitan su marido,
del rey Muza proveido,
para ir á cierta guerra.
Y sus hijos se llevó,

que eran ya de buena edad,
y Dios luego permitió
que un mercader allegó
por poner en libertad

Un hijo, y le rescatara:
y la dueña tuvo modos
para poderle hablar,
y dióle para sacar
pasaporte para todos.
El pasaporte ordenado,
una carta hizo hechiza,
como que se la ha enviado
su suegra, que la ha llamado
de la villa de Alebiza.

Diciendo, está muy doliente
y fatigada en su lecho,
la dueña muy sabiamente
daba creer á la gente,
por disimular su hecho.
Todos cuatro juntos fueron
hasta la ciudad de Roma,
muchas gracias á Dios dieron,
pues de la gente se vieron
libres, y del falso Mahoma.

La mujer puesta humillada
ante el Padre santo, dijo:
lávame que estoy dañada,
y sea yo perdonada
por amor del Crucifijo.
Pues he visto tu presencia,
óyeme, Pastor sagrado,
Padre, tén de mí clemencia
y no me des penitencia

conforme mi gran pecado.

Que si Dios me castigase
conforme mi gran error,
no es nada aunque me tragase
el abismo, y me quemase
en llamas vivas de ardor.
La dueña se confesó
y recibió el Sacramento,
y á Valladolid volvió,
su hermano la acompañó
do recibió gran contento.

Plegue á Jesucristo, hermanos,
que lavemos la conciencia,
y con pensamientos sanos
ejercitemos cristianos
confesion y penitencia.
Ejercitada entre nos
la fe, que es el sumo bien,
favorecerános Dios,
cual á estos hermanos dos,
nos dará la gloria. Amen.

FIN.

*Compuso este romance Mateo Sanchez de la Cruz, natural de la
muy ilustre ciudad de Segovia.*

**Barcelona: Imprenta de los Herederos de la Viuda Pla,
calle de Cottoners.**